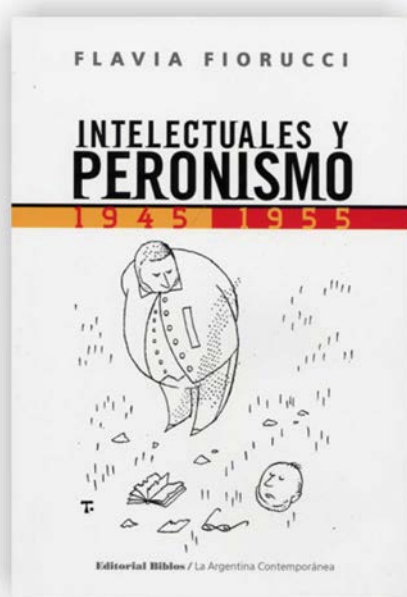


**Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011. 226 páginas.**

**Por José A. Zanca**

(CONICET/UdeSA)



La historia de las ideas y de los intelectuales cuenta con un camino recorrido en el análisis de la relación que el primer peronismo mantuvo con el mundo de la cultura. Es por eso desafiante la invitación de Flavia Fiorucci, que utilizando puntos de mira alternativos, propone repensar este complejo vínculo, estudiando el modo en que el peronismo intentó incidir en la dinámica del campo intelectual. La investigación se ha orientado hacia algunas de las organizaciones que lo representaron, en especial la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), de perfil opositor, y la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA), que, por el contrario, apoyó al gobierno.

El texto se ha dividido en cinco capítulos. El primero, centrado en la administración cultural del peronismo, exhibe el

fracaso del Estado a la hora de elaborar una política exitosa respecto al campo intelectual y obtener el apoyo de sus figuras más relevantes. Frente a este revés, a partir de 1950 sus acciones tuvieron un cariz más unilateral, apelando más frecuentemente a la censura que a la confrontación.

El segundo capítulo acompaña la actividad de la SADE en los años del peronismo. Creada en 1928 por escritores de ideologías muy diversas y con el objetivo de defender los intereses profesionales, a partir de los años '40 la organización asumió un rol social más amplio: ser la voz de la intelectualidad comprometida con la democracia y la lucha antifascista. Opositora durante el régimen peronista, minimizando su presencia pública, la SADE intervino sólo en aquellos temas en los cuales la política gubernamental se inmiscuía en los mecanismos de ordenación del campo intelectual. En 1953, durante la presidencia de Jorge Luis Borges, varios de sus miembros fueron encarcelados sin que la SADE formulara ningún reclamo ante las autoridades. Esa actitud sería duramente impugnada por varios de sus integrantes.

El tercer capítulo está dedicado a recorrer el universo de los intelectuales peronistas, mayoritariamente provenientes del nacionalismo y del catolicismo. La ADEA, la organización que integraron entre otros Manuel Gálvez y su esposa, Delfina Bunge, fue producto de la necesidad de los intelectuales peronistas de promover espacios que les permitieran escapar a la marginalidad en la que se encontraban. Sin embargo, también entre los propios las políticas del peronismo seguirán el derrotero del fracaso. La ADEA nunca logró consolidar una alternativa de prestigio, al igual que la revista *Hechos e Ideas*. Además, luego de 1950 la lógica de construcción de poder del peronismo fue cada vez menos

tolerante respecto a las disidencias, empleando en el campo intelectual herramientas autoritarias que se utilizaban en otras áreas de la administración pública.

El cuarto capítulo analiza las representaciones del peronismo en la prensa cultural a través de las revistas *Sur*, *Expresión*, *Realidad*, *Liberalis*, *Imago Mundi* y *Contorno*. Son pocos los casos en los que estas publicaciones expresaron un disenso abierto con el gobierno. Los usos del pasado, la reivindicación de figuras del panteón liberal o las diatribas contra el revisionismo o el tradicionalismo folclórico eran los códigos que utilizaba el antiperonismo para dialogar sólo con los entendidos. Una estimulante pregunta se formula Fiorucci en este punto: ¿cuánto nos iluminan las imágenes que construyeron los intelectuales durante el peronismo sobre la suerte de la cultura bajo ese régimen? Los escritores antiperonistas aparecen proyectando un enemigo mucho más coherente de lo que realmente era.

El último capítulo ha sido dedicado a la crisis del consenso antiperonista. Las coincidencias terminaron, afirma Fiorucci, no tanto por su evaluación del peronismo luego de 1955 sino por las discrepancias en torno a los excesos del antiperonismo. Al igual que el peronismo, pero en un sentido diverso, la Revolución Libertadora dividiría al campo intelectual, obligando a los distintos sujetos a posicionarse frente a la desperonización. El fin del consenso antiperonista entre los intelectuales puede ser comprendido como el fin de la hegemonía del liberalismo.

Los mecanismos elusivos de protesta empleados por el antiperonismo le permiten señalar a Fiorucci que posiblemente los intelectuales no vivieran a la altura de la responsabilidad que se habían autoimpuesto: la de alzar la voz cada vez que la política amenazara los valores que consideraban universales. La omisión de una postura “militante” frente al peronismo fue cuestionada por los mismos contemporáneos, discrepantes de esa política de “resistencia silenciosa”. Si la falta de una actitud “épica” durante el peronismo nos introduce en un terreno anegadizo de debate moral, el texto pisa un suelo más firme al señalar las mismas críticas que miembros del campo formularon durante el peronismo o la evidente ficcionalidad de un pasado de heroicidad que muchas de esas organizaciones intentaron construirse a partir de 1955.

El peronismo ha entrado, no cabe duda, en un proceso de normalización en cuanto a su abordaje historiográfico. El texto de Flavia Fiorucci resulta, en ese sentido, una contribución destacable para la necesaria normalización de ese otro subcampo, emparentado, pero distinguible, como es el del antiperonismo.